



AUTORES Y LIBROS

# Los Conversadores

El arte de la conversación (del que hablamos no hace mucho, al parecer baldíamente, a propósito de Willie Arthur) discurre a menudo en los límites peligrosos de la maledicencia o "pelambre". La conversación de tertulia, de café, de sobremesa, carece de gracia si se halla desprovista, cuando menos, de un grano de pimienta. "Cum grano salis": locución en la cual tiene la palabra sal el sentido figurado de jovialidad, y que se usa para dar a entender que lo que se dice no debe tomarse en serio, afirma el diccionario.

Hemos conocido conversadores soberbios. Wilfredo Mayorga, dramaturgo, crítico de teatro, brillante escritor de costumbres —de buenas costumbres— relataba el caso del gran actor que, al hacer abandono de la tertulia, advertía: "Me voy. Os dejo mi cadáver". Como en las pugnas de la guerra de Troya. A Mayorga le fascina la idea de la tertulia. La cultiva con esmero. Ostenta buena voz. Baja y profunda. No ignora nada de lo ocurrido en Chile entre el período que va desde el "Cielito Linto" a la "Patria Joven". No escribimos —acerca de este período— "que viene" porque en realidad parece más ir que venir. Mayorga fue de los contertulios del diario "La Opinión" en los días espléndidos de Juan Bautista Rossetti y Juan Luis Mery. Allí solía asomarse de cuerpo entero el crítico y ensayista Ricardo A. Latcham, maestro del género discursivo, que ejercitaba todos los días el don de la lengua en el palique literario de "la hora de 12" sustentado por la Librería Nacimiento. Según los testigos, unos pocos sobrevivientes, el pontífice de aquellas reuniones era Mariano Latorre Court, autor de "Cuna de cóndores", de "Zurzulita", padre de la corriente del criollismo. Con motivo de la primera visita de Ernesto Sábató a Chile, en las postrimerías del segundo gobierno de Ibáñez, hubo un ágape de escritores en un local sencillo de la calle San Antonio. Presidían Manuel Rojas, González Vera y Ricardo A. Latcham. De acuerdo con su hábito magistral, Latcham tomó la palabra de una manera que parecía decisiva y desequilibrante ante la desesperada impotencia de Manuel Rojas y González Vera. Manuel Rojas y González Vera guardaban más de una deuda de gratitud con Latcham, que los había elogiado con creces en la aparición de cada uno de sus escritos. Esa noche simulaban odiarlo. No por lo bien que los había



Ricardo A. Latcham.



José S. González Vera.



Martín Cerda.



Wilfredo Mayorga.

tratado en sus crónicas literarias, sino porque sentían que les estaba "robando" la presencia de Sábató. El autor de "Uno y el Universo" se encontraba ayuno, a pesar de la comida, de estas pequeñeces. No sabía cómo era el entrecruce de pasiones en la literatura chilena. Al fin, González Vera, Manuel Rojas y Enrique Espinoza (Samuel Glusberg) lograron extraer al inocente Sábató de las fauces leoninas de Latcham, empujándolo en una loca fuga por vericuetos y pasajes del centro de Santiago. Latcham no dio muestras de acusar el golpe. Con otros de los comensales buscó refugio en un café situado cerca del actual edificio del Ministerio de Educación, donde continuó la charla interrumpida por el "trío de Babel" en el local de la calle San Antonio. En verdad, al "trío de Babel" (Manuel Rojas, González Vera y Enrique Espinoza) no le gustaba el estilo oral, monopólico, absorbente, sonoro, de Latcham. Les atraía, como buenos ácratas, o ex ácratas, el estilo a hurtadillas de la conversación furtiva, ojalá a media voz. Se dejaban, eso sí, mecer, regalones, en la hamaca de los orgina-

les y domingueros adjetivos laudatorios de Latcham.

José Santos González Vera cuidaba mucho de pronunciar las palabras precisas en los momentos precisos. Jamás se dejaba arrastrar por la exclamación súbita o el ditirambo estruendoso. Ejemplar a este respecto resulta el prólogo que puso a la novela "Poeta", de José Miguel Varas, en 1963. En este prólogo González Vera escribe: "Porái tiene parentesco con el criollismo. Es libro bastante singular y no recuerdo otro que se le asemeje en nuestra literatura..." "Será posible un modo más quitado de bulla de hacer el elogio de un libro que decir "y no recuerdo otro que se le asemeje en nuestra literatura"?"

Manuel Rojas era gruñón, generalmente de malas pulgas. Su fuerte no radicaba en la conversación. Radicaba en el comentario un tanto esquinado. Carlos Droguett, el sutil novelista, no ocultaba su indulgencia piadosa en estos casos. Su simpatía por Rojas llegaba al punto de tolerarle, sin chistar, gruñidos como respuestas a amables interrogaciones.

Entre los eximios conversadores de nuestros días exhibe un lugar de merecido relieve el crítico literario Martín Cerda. A principios del presente año, con ocasión de la estada en Chile de Julio César Silva Aguirre, hijo del estupendo cronista Hugo Silva Endeiza, un grupo de colegas que contribuyó a templar sus armas periodísticas en este diario lo acogió calorosamente con un "tentempié" nocturno en el Estadio Palestino. Se trataba de evocar una época muy bonita y muy joven. El único invitado que no apareció fue Martín Cerda, compañero de niñez de Julio César Silva en las playas de Antofagasta. Ni qué indicar que le echamos de menos. Formado en la escuela del español Arturo Soria y Espinoza, fundador en Chile de la Editorial "Cruz del Sur", Martín Cerda posee las llaves de la intriga y la curiosidad en sus relatos verbales. Dueño de una erudición rara en nuestro tiempo, Martín Cerda sabe, además, oír lo que otros narran. Sus anotaciones no resultan jamás inexactas.

El arte de conversar no sólo comprende el dominio de la expresión. También el de la audición.

• Filebo

## Los conversadores [artículo] Filebo.

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Filebo

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1989

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Los conversadores [artículo] Filebo. retr.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile